

II Domingo del Tiempo Ordinario Ciclo A

Luz de las gentes

“Cristo es la *luz de las gentes*”. Éste es el mensaje con el que el Concilio Vaticano II comenzaba una de sus cuatro grandes Constituciones, la *Lumen Gentium*. La asamblea conciliar revisaba y exponía la identidad de la Iglesia, manifestándose ante el mundo como signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de todo el género humano, y reflejaba así su naturaleza y su misión universal. La expresión “*luz de las gentes*” tiene su origen en el profeta Isaías y aparece siempre en los textos del Siervo de Dios (Is 42, 6; 49, 6; 51, 4). El Nuevo Testamento toma esta imagen y la atribuye a Jesús cuando Simeón se encuentra con él en el templo (Lc 2, 32), y a Pablo y Bernabé en los comienzos de la misión evangelizadora de los paganos (Hch 13, 47). Ser *luz de las gentes* es, por tanto, uno de los atributos esenciales de la Iglesia, porque lo era su fundador y porque lo era la iglesia naciente.

En este domingo se vuelve a escuchar en las iglesias este mensaje, pues el segundo cántico del Siervo de Dios (Is 49, 1-13) tiene su centro en esta proclamación: “Es poco que seas mi siervo, (...) Te hago *luz de las gentes*, para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra”. Todo el poema describe la vocación y la misión profética del Siervo: la llamada originaria de Dios, el encargo de transmitir su palabra crítica, como espada y como flecha, sobre las realidades cercanas y lejanas, el fracaso aparente del servidor y la confirmación de su misión de parte de Dios, haciéndola extensiva a todas las gentes. Sin atenuar el carácter propio de Siervo de Dios, el texto resalta, sin embargo, su función como *luz para todas las gentes*, de modo que se haga visible la liberación de los cautivos y el consuelo de los desamparados de toda la tierra.

Con esta figura profética del Siervo podemos considerar la misión profética y testimonial de la Iglesia actual, especialmente en Latinoamérica, donde estamos embarcados en la tarea evangelizadora y misionera específica de la Misión Permanente. La Iglesia, toda ella, está llamada a ser también *luz de las gentes*, es decir, *signo creíble* de salvación para las gentes de nuestro tiempo y en todos lugares de la tierra.

Podemos congratularnos sobremanera con el testimonio de hombres y mujeres que por toda la tierra difunden la luz del Espíritu, mediante la entrega de su vida a los que sufren y a los empobrecidos por el sistema social excluyente en el que estamos inmersos. Podemos incluso estar sanamente orgullosos de pertenecer a una Iglesia, en la que un gran número de misioneros y misioneras esparcidos por el mundo constituyen una fuerza espiritual radiante cuya luz está indicando, como Juan el Bautista, que Jesús es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo y que

libera a la humanidad con el don del Espíritu, porque él es el Hijo de Dios. Esta Iglesia servidora de los pobres es una instancia crítica permanente ante los poderes políticos y económicos, y muestra a Cristo como Cordero pascual, cuya sangre, desde la tradición del éxodo, es la señal de la liberación humana definitiva y de la nueva vida en el Espíritu. Nosotros, los cristianos, tenemos la oportunidad de dar testimonio de que Jesús es el Hijo de Dios pero denunciando al mismo tiempo, como el Bautista, todo tipo de injusticias.

José Cervantes Gabarrón, sacerdote misionero y profesor de Sagrada Escritura